



POSTAL GERUNDENSE

YA HEMOS CRECIDO

Por JORGE DALMAU

Ya hemos crecido. Ya somos unos cuantos más. Unos 6.000 más dentro del Municipio de Gerona, en el que ahora tarda ya un poco más a ponerse el sol...

Gerona ha crecido como un árbol: en silencio, casi. E igual que un árbol que crece visiblemente por las ramas, son éstas, las extremidades las que nos lo hacen entrar más por los ojos. Y por los oídos, si es día de viento.

Pero aquí, entre nosotros, no hay viento. Hay diálogo, que es más de casa, que es más fundamental cuando se trata de geografía humana. Porque bien está la economía para el hombre, pero sin olvidarle a él mismo.

Aparecerá un día, no hay duda, el dato estadístico: "Nueva densidad de población de Gerona-ciudad: tantos habitantes por metro cuadrado". Tal vez ha salido ya. No importa. La frialdad de las cifras no tiene urgencia. Cifra que no admite discusión porque no tiene aristas cortantes, es cifra rígida, muerta. La estadística de una ciudad creciendo —y todas han de crecer, no seamos exclusivistas— exige vida, sorpresa, admiración, y hasta, si queréis, escándalo; siempre claro está, con ánimo constructivo. Ojalá fuese posible llegar a poder facilitar esa insólita estadística: en la nueva Gerona tocan "tantas" butacas de espectáculo de estreno por habitante

y por semana; o hay "tantos" palmos de sombra por habitante y por verano; o tocan "tantos" metros cuadrados de parque infantil por niño y por jubilado. Con la integración habrán variado estos "tantos por gerundense", pero como ignorábamos los mismos referidos con anterioridad a 1963, nos quedaríamos tan tranquilos. Sería interesante, o por lo menos curioso, poseer algún dato inédito sobre la realidad clara del pulso de nuestra ciudad crecida. Adolescencia, juventud y madurez son tres etapas que conviene tener muy presentes cuando se habla de pueblos, de ciudades; alguna de ellas es la hora de Gerona 1963.

Alguien dijo que ser joven significa no distinguir todavía la teoría de la realidad. Bella forma de expresar el clásico ensueño del optimismo. Haciendo uso del estado de juventud que suponemos para Gerona, digámosle ya una semejanza con una persona humana. Cuando ésta crece hay a su alrededor un clima de crecimiento creado por sus íntimos: para unos crecer es una enfermedad, mientras que para otros es una necesidad; y cada bando impondría sus criterios si el otro tolerase, sin advertir muchas veces que no se precisan remedios para un mal que no existe, sino puntales para un peso que habrá de venir, para un desarrollo que tiene sus inflexibles leyes. Sobre la ciudad creciendo se ha-

brán echado también los cálculos y los pálpitos de los corrillos con sangre caliente. ¡Enfermedad!, se habrá sentenciado en unos; Necesidad, se habrá razonado en otros. Ahora que oficialmente hemos crecido —aunque el hombre de la calle casi no ha notado nada del papelazo— hay que hacer constar que el crecimiento nos ha sido servido en bandeja por la etapa actual que tiene tres pilares concretos llamados industria, construcción, y obras públicas. Sus técnicas, enraizadas ya en nuestra tierra, han sabido rellenar el bache de la natalidad, mantenida baja durante muchos años, según datos demográficos. Si el crecimiento de la ciudad lo debemos a la era moderna con su movimiento de emigración, ya es señal de algo, porque la medida en que una época lucha contra la tendencia a la disipación de las fuerzas y de la energía podría ser tomada como medida misma de su grado de adelanto.

Hay, entre otras, dos señales del crecimiento en los adolescentes. Primero, la voz sufre un cambio. Segunda, los trajes van pequeños. Se va entonces a más gravedad en el

timbre y a revisar las medidas para el vestido nuevo.

Ojalá fuese ésta la hora de la ciudad. Más gravedad en la voz de la queja; que los sonidos agudos, estridentes, pueblerinos no tengan sitio entre nosotros, pero no porque sea obligación de mantener cerrada la boca, sino porque no haya necesidad de abrirla en son de queja. Queramos ir madurando todos, con ansias de distinguir la teoría de la realidad, distinguir cuando una cosa funciona bien teóricamente, o cuando quisiéramos que funcionara bien realmente.

Para todo eso se impone revisar las medidas del traje de nuestra ciudad, que son sus necesidades, sus servicios, sus mil detalles que tocamos cada día. La elegancia exige que a brazos más largos ponga el sastre un poco más de tela para el corte. Aunque nos cobre un poco más. Y si alguien se lamentase porque la factura de las hechuras se ha alargado, sería una lástima. El niño sale de la niñez cuando comienza a mentir, y sale de la adolescencia cuando comienza a soñar. El descontento renunciaría a soñar.